

Soliloquios del soldado

I

ESTOS dientes que suben del suelo. . .
Nunca tuvo la hierba estos dientes.
Sus bracitos amaban mi rostro,
sus espinas jamás fueron crueles.

¿Qué ojo inmenso me mira sin tregua,
desprendido, cortado en el polvo?
Me atraviesa las manos caídas
y babea su luz en mis hombros.

Este duro descanso en la noche. . .
Qué rumor enemigo en mis sienes.
Ligaduras de hueso me estrechan.
Las arterias polares me hienden.

Yo no sé por qué orillas me pierdo,
qué frutales me llaman cantando,
por qué estoy en un barro crecido
absorbiendo lamento y gusanos.

Yo tenía una casa en el viento,
con oídos, con lengua, con ojos.
Me cortaron un tallo de sangre.
Nos secamos los dos sin reposo.

Yo podía mojar mis cabellos
sin la mugre del odio, tranquilos.
Sumergir mis rodillas cansadas
porque sí, porque el mar era mío.

¿Quién gobierna mis miembros amargos?
¿Qué serpiente disfraza mis besos?
Un profundo silbido me azuza.
Como una ácida bestia obedezco.

He prestado mi entraña sin quejas.
No me quiero morir tan extraño...
Recomienza mi antigua paloma
y el fusil se me borra en la mano.

II

QUISIERA abrir mis venas bajo los durazneros,
en aquel distraído verano de mi boca.
Quisiera abrir mis venas para buscar tus rastros
lenta rueda comida por agrias amapolas.

Yo te ignoraba fina colmena vigilante.
Río de mariposas naciendo en mi cintura.
Y apartaba las yemas, el temblor de los álamos,
y el viento que venía con máscara de uvas.

Yo no quise borrarame cuando no te miraba
pero me sostenías, fresca mano de olivo.
Estrella navegante no pude ver tu borda
pero me atravesaste como a un mar distraído.

Ahora te descubro, tan herido extranjero,
paraíso cortado, esfera de mi sangre.
Una hierba de hierro me atraviesa la cara...
Sólo ahora mis ojos desheredados se abren.

Ahora que no puedo derruir tu frontera
debajo de mi frente, detrás de mis palabras.
Tocar mi vieja sombra poblada de azahares,
mi ciego corazón perdido en la manzana.

Ahora estoy despierto. Nacen al fin mis ojos
pisados por el humo, agujereando arañas,
duros estratos de algas con muertos veladores
que sin cesar devoran sus raicillas heladas.

Y te cruzo despierto, fiero túnel de ortigas,
remolino de espadas, vómito de la muerte.
Voy asido a las crines de un caballo espinoso
que vuela con ciudades quemadas en el vientre.

Voy despierto, despierto y obediente a mis manos,
con un río de pólvora cuajado en el aliento,
ahora que estoy solo y enemigo del aire,
seco, desarraigado, desnudo, combatiendo.

III

DIJE a mi hermano: hermano, desabrigate el pecho,
yo vengo a descuajarte las sombras de la abeja.
Vengo a talar tus bosques, tus arroyos, tu viento,
y a mojar en tu herida mi corona de piedra.

Tú no me has ofendido, rubia sal de otros mares,
sangre como mi sangre, guardadora de viñas.
Tú estabas allá lejos, haciendo los cereales
y no manchó mi puerta tu voz desconocida.

Tú no me has ofendido, y estabas señalado
antes que mis palabras te tocasen el rostro.
Yo vengo a despojarte de nubes y de hijos
y a beber para siempre tu corazón copioso.

IV

VIENEN los caracoles arrastrando mis ojos
caídos a la orilla del mar, cuando las algas.
Los ebrios caracoles con venillas de yodo
suben por los desiertos que aíslan mi garganta.

En mi cabeza fría se está durmiendo un buque
con marineros blancos de ademanes remotos.
Mueven pesadas balas, corazones de azufre,
masticando banderas y lágrimas de plomo.

Rodeado por un bosque palpitante y nocturno
con eléctricas bocas que la piel me recuerdan,
crezco implacablemente hacia un álamo duro
clavado en un secreto meridiano de arena.

Yo me borré del pecho los nardos rumorosos.
Donde habitó el abrazo quise hospedar las llagas.

Hierro, hierro mi lengua. La sangre que ya ignoro
por un árbol de hierro daba mortales ramas.

Y mi voz está lejos, encima de las piedras,
secándose y cantando como un arroyo herido,
corriendo sobre dóciles músculos de azucena,
tan pálida que el aire ni siquiera la ha visto.

Cabellera en el viento, mi paso entre las nubes.
Rincones con mis huellas, sonrisas con mi rostro.
¿Qué brusca nieve seca y aguzada lo cubre?
Vuelan mis dientes, vuelan mis enconados hombros.

Baja mi viejo llanto por un ahogado muro.
Perros desconsolados lamen mi mano abierta.
Con todo el mar pegado a las espaldas vuelvo.
Reconquistó en mi frente una espada de almendra.

V

A MIS espaldas crece ácido pino.
Nutre su espuma cruel mi amor cobarde.
Las nubes huyen de esta nube que arde
y hace al revés mi fúnebre camino.

Con un disfraz de pájaro, asesino.
Ciego, infeliz, sin ángel que me guarde.
El cielo llega a detenerme, tarde,
podrido de valor, héroe mezquino.

Es preciso caer, quemar jardines
movidos por la sangre enamorada.
Ahogar la bestia entre los querubines.

... Ya sube por el aire el rostro fijo,
la rosa inmensa, la ciudad quebrada
que me muestra los huesos de su hijo.

VI

ES NECESARIO herir, cortar las venas,
entrar al rayo, al frío, a la serpiente:
pisar frescos veleros en la frente,
morder la brisa, el canto, las arenas.

Porque crecen recónditas cadenas
del río al campo, al cielo indiferente,
del pez al pan, al olivar ardiente,
de los muertos al aire, a las colmenas.

Crecen los derramados eslabones.
Crece un trono disperso, un mar idiota.
Su espuma cruel devora las gargantas

abriendo secretísimos halcones;
invade, sube, con la boca rota
y escupe sobre Dios las duras plantas.

VII

Por las puntas de mis nervios gotean las golondrinas.
Toda en el aire mi sangre consume su madre selva.
Cesó la dulce creciente cercada por la ceniza
y en los huecos del verano se está durmiendo mi lengua.

Hacia una estrella salada que organiza sus edades,
descienden blancas raíces de mis rodillas abiertas.
Ya no crezco hacia las tórtolas, hacia las nubes caudales;
retrocede antes del viento mi flaca flor sin abejas.

Yo dejaba andar tranquilo mi corazón por el musgo,
cubrirse entre el heno ardiente de rubios escarabajos.
Dejaba andar por el río mi alegre sombra de junco,
y en el celo de las viñas dejaba crecer mi llanto.

Amé en mi azahar humilde sus rostros desconocidos.
El rumor de los panales detrás del cielo cerrado.
Sumé la voz de la tierra en el sabor de mi trigo
y sufrí todas las bocas para su fuego liviano.

Yo amaba la luz del hombre y hube de azotar su rama.
Pisé el sitio en que las nieblas pueden ocultar al ángel.
Entre las duras espigas donde encalló mi garganta,
plumas de azarosas mieles vistieron mis agrias carnes.

Con una nube rebelde pegada al rostro corría.
Garras y picos de azúcar, hierbas de afligidos mares,

vinieron a mí temblando, me entraron por las heridas
y debajo de mis ojos borrarón los manantiales.

Cortado fui para el polvo. Por encima de mis sienés
los vegetales alcanzan su muerte de filo blando.

En mi ejercicio de humo hallé la sangre obediente
y alrededor de mi acero cuajó la tromba del nardo.

Merezco la llama hundida que el seco panal esmalta,
la dispersión de mis venas entre sus duros enjambres.

Cortado fui más abajo de las raíces del agua
para los ciegos caminos que no se acuerdan del aire.

Arenas grises me arrastran, me destierran de las eras;
no me tocará el rocío, ni el pan me abrirá su lumbre.
Merezco la roca huraña que al pez antiguo encadena.
Los frescos pies del espino de mis turbios huesos huyen.

VIII

TALADO, dividido,
tropiezo con las hojas alegres, con la niebla,
con la llaga más blanca de los corales vivos,
con la resina amarga que el cedro manifiesta.

Caigo entre los ardores
que levantan al grillo sobre la vid nocturna,
entre los dulces tallos que miman tiernos soles,
donde mi sangre apenas gobernada se curva.

Mi antigua mano esclava,
mansida por los tréboles y las guijas fugaces,
floja, entre lentos picos de nieve entrecortada,
sin raíz en mi llanto, huye, renuncia al aire.

¿Qué torbellino eriza
mis palabras disueltas en quebrados estambres?
¿Qué rizo de la espuma blande por las orillas,
entre saladas muertes, mis viejos ademanes?

Árboles tensos giran,
se remontan heridos en su más pura alondra,
y hacen el remolino donde sangra y respira
la boca sin zorzales que traduce mi sombra.

Tiendo los brazos huecos,
la cara hueca enfrente a los perros tranquilos,
cruzo por las palomas iguales al desierto,
llamo por todas partes y soy desconocido.

Duelen los pechos claros
por donde trepa el musgo y amanece la oruga.
Me pesan como un cielo prendido a mi costado
y alimentan sin tregua la nube que me anula.

Me escucho en los gemidos
que vienen de los mares donde los peces lloran,
en el temblor que encoge los miembros amarillos
y atrasa la sonrisa del maíz y la ola.

No puedo recobrarne,
tomar mis pies hundidos, mi lengua deshojada,
y entrar en aquel tiempo cerrado de mi sangre
para escuchar el libre rumor de mi garganta.

Caín

I

(*El mar*)

EL PECHO derramado,
huyéndose castiga las riberas.
Cuaja en gaviotas de ateridos huesos,
su amarga lengua.
Ceñido está, clavado en su secreto.
La muerte vela.

Alguien corta la espuma.
Su nácar suspirado se destrenza.
Su delgado panal el fuego atisba
por las banderas.
El humo invade su ágil geometría.
La muerte vela.

Peces despavoridos
gimiendo eluden la voraz tormenta,
la sucia nube, el extranjero rayo
que la gobiernan.
Cultivan ebrios su temblor salado.
La muerte vela.

Pegados a su cara
y abrasando el silencio de sus venas,

con un racimo cruel de verdes besos
dormidos yerran.

Dormidos sin querer manchan el cielo.
La muerte vela.

Alza su crespito grito

erizado de conchas y de hierbas.

Lleno está el viento de mordidos ayes,
de sangre lenta.

Clama el mar por sus viejas soledades.

La muerte vela.

II

TU CORAZÓN estaba oscuro
y fresco el barro de tu frente.

El ciego aroma de las raíces te halló desnudo.

Cerca del agua tu mano abría su musgo alegre.

Caín, tu fresco barro ardía
con el silencio de las parvas.

Tus dulces venas alzaba el eco de las encinas
y en el rocío tu dócil lengua se clausuraba.

Cerrado al aire de la esfinge
y al duro aliento de las flechas,

lejos del iris guardaba el bosque tu pecho firme.

Tu boca humilde cogía el premio de sus fronteras.

Salía frágil la mañana
de los arroyos de tu paso.
Limpio dormías en tu llanura, varón de savia.
Como una abeja pesaba el cielo sobre tus labios.

Ayuno estabas de pregunta.
Fuera del llanto detenido.
Te limitaba tu piel caliente como a las frutas,
y no elegía la luz ni el grano tu amor sumiso.

III

QUISO el alba tocarte
y no reconoció, Caín, tu cara.
Le buscabas los dientes a tu estrella.
No viste el alba.
Estrenaba, tu sangre sin tormentas,
uñas y alas.

Tu pie quemaba el aire.
Tu armadura animal golpeaba el cielo
y hundías en las vísceras del monte
tu ajado aliento.
Asomado a las nubes y a los bordes,
ibas despierto.

Es que tu lengua hacía
los duros nervios de su lis rabiosa.
La flor ahogada su violento polen

cuajó en tu boca.
Se turbaron las médulas del roble.
Calló la alondra.

Los cedros sorprendidos
que en el espejo de tu piel se amaban,
vieron sangrar las puntas de sus hojas
en tu mirada.
De pronto, abiertas como heridas sordas,
te iluminaban.

Ya andaba tu cabeza
por las altas espinas combatiendo.
La corona del trigo quebrantaba
tu paso nuevo
y sobre el resplandor de tus sandalias
lloraba el heno.

IV

TU CORAZÓN flotaba libre,
verde panal, isla cerrada.
La cauta ola clavó en sus bordes blancas raíces.
Pobló tu sangre la muchedumbre de hundida cara.

Cuando tocaste el fiel sarmiento
que unía tu boca a la abeja,
tus pies al junco, la nieve al sordo pan de tus huesos,
tus manos puras al denso rizo de las culebras,

cuando empinó la rosa arisca
su blando fuego en tu garganta,
y por tu idioma volaron ríos y golondrinas,
y el polen tierno cambió en tus ojos la luz postrada,

supiste entonces, barro nuevo,
la división de tus arterias.

Viste al gusano roer la dura miel de tus dedos,
la gran vigilia que levantaba tu boca muerta.

Viste tu selva y tu paloma.

Mordiste tu primer guijarro.

Llena de lágrimas, en el invierno cayó tu sombra.

La tierra abría su fresco vientre bajo tu mano.

V

¿POR QUÉ, Caín, abriste
a los chacales de velluda zarpa,
más puertas que a la lluvia y a los lirios
de tu montaña,
y dejaste crecer al enemigo
que te nublaba?

¿Qué hierro innecesario
en tu vigor de olivo se escondía,
y estiraba sus pálidos guerreros
de lengua esquiva,
hasta quebrarte en la raíz del pecho
la exacta fibra?

¿Por qué escondiste el rostro
cuando volvió tu nombre de las hierbas,
y encerraste en las dóciles orillas
su imagen vieja?
Goteando helada herrumbre, tu sonrisa
entró en la niebla.

Se ahogaron en tu sangre
las tórtolas, los gamos transparentes.
Invadieron tu piel desventurada
oscuros peces,
y humilló tu cereal su tierna llama
bajo sus vientres.

Hambriento entre tus panes
devorabas la sombra de tu reino.
Caían de tus hombros y tus sienes
panales secos
y a tus espaldas míseros laureles
movía el viento.

VI

CAÍN estaba herido y solo,
lleno de hinchadas madrigueras.
Sus ademanes iban borrando salvias y arroyos
y por sus flancos arqueaba el tigre la rosa ciega.

Pájaros de tierra transida
punzaban su frágil retorno.

Fuertes fieles entre sus huesos se defendían
y levantaban sordas espumas hasta su rostro.

La devoraba su isla triste
creciendo por los bordes vivos.
En vano alzaba jadeando al viento de los neblíes
entre marchitas lenguas de lluvia su ángel raído.

Erizados como sarmientos
los fríos rumbos de su carne,
remocedía frente a su estrella de insulso fuego,
buscando a tientas muertos sabores bajo su sangre.

Con el corazón estancado
a la altura de la vendimia,
postrado el surco por la renuncia de los manzanos,
cerraba arisco sobre sus llagas un cielo en ruinas.

VII

¿DE DÓNDE vino el golpe
oscuro a corromperte la sonrisa?
Se te quebró la curva del abrazo
y el ala limpia.
Tu voz cambió por témpanos y cuarzos
su blanda espiga.

El ángel que paseaba
feliz por la costumbre de tu fiesta,
goteando abejas de ceniza, invade

la nube atenta.

La mitad de tu llanto y de tu sangre
moja su huella.

¿Por qué abriste tu oído?

¿Por qué dejaste circular el rayo
por las enredaderas y los brezos
inmaculados?

¿Por qué escuchaste idiomas prisioneros,
prohibidos cantos?

¿Quién hizo tu fantasma,
y separó tu pecho de tu pecho
poniendo a un lado el amoroso enjambre
y al otro el yermo?

Ningún camino entre tus dos andares:
vivos y muertos.

Levanta esa paloma
que en las orillas de tu sien jadea.
Salva el ramo de trébol y rocío
que ella te acerca.
La sombra lame el apagado pico.
Salva tu ausencia.

VIII

LÍVIDO arcángel, dueño oscuro
de los callados resplandores.

La piedra abierta, los desgarrados ciervos, el humo,
modo en la antigua sed de tus huesos caído y pobre.

Pasó, Caín, tu suave hermano.

Tú, sin tu sombra y por lo ajeno.

La musculosa luz de las viñas le ornaba el brazo
y de sus hombros volaba el rastro de los corderos.

Viste yacer en su mirada
ángeles mudos con tu rostro.

En sus cinturas una gavilla se destrenzaba.

Lentos ganados comían hierbas entre sus ojos.

Guardaba el cielo en bronce y nardo
los pies lucientes de tu sangre.

La rama fresca de sus caminos crujió en tu mano
y el fruto muerto cayó en tu boca doblando el hambre.

Se alzaron las eras podridas
hasta caer sobre tu espalda.

Echaste a andar por el incendio de tu agonía.

En Dios desnuda y en Dios perdida, tu sombra aullaba.

IX

DESIERTA criatura,
tu larva de cometa amenazado,
punzadora, en la cresta de las llagas,
abre tu paso.

Sube el clamor del fuego hasta mi cara.
Te escucho, hermano.

Duermes bajo los huesos.
Te agazapas fluvial y oscurecido.
El limo de las médulas arrastra
tu espeso grito.
Su creciente coral arde y estalla
sordo en mi oído.

Aquí estás, aquí estabas.
Tu mano agobia el resplandor del surco.
Tu aliento arruga las abiertas hojas,
devora el musgo.
Tu sandalia de sal sobre mi boca
apaga el mundo.

Abel pliega su sangre
y se acuesta a morir entre sus perros.
La profunda matriz labró en tus manos
el rumbo ciego.
Caín, oigo el descenso de los llantos.
Aquí te veo.

Te hundirás en el humo.
De nuevo tu semilla entrecortada
irá a dormirse en las secretas fuentes
alborozadas.
Largo es el cielo: arráncate las sienes,
y otra vez, baja.

X

(*La tierra*)

RETROCEDEN los manantiales
con todas sus nubes intactas,
hacia la tribu que en seca noche duerme sus hambres
y aprehende oscura los mudos rizos de sus gargantas.

Llora la tierra por sus brotes,
por sus cortezas invadidas.
Su nardo tiene labios de queja, su pino encoge
pechos futuros bajo la escama de miel antigua.

La tierra quiere anclar su vientre,
borrarse los quemados ojos.
Le duele el duro racimo que abre la abeja urgente,
y el canto extremo que sale herido de los escombros.

Hiende el tumulto de las yemas
un pie larval que escupe el aire.
Por los sagrados olivos rondan oscuras lenguas.
Su rastro engrilla la luz guerrera del fruto en trance.

Llora la madre sin cansancio,
quiere olvidarse de su espiga.
La muerte coge la flor por dentro, detiene el canto
como a un infante bajo las aguas estremecidas.